

EL PRIMER GOBIERNO DEL REY

S EÑALABAMOS la pasada semana, al referirnos al necesario cambio de ministros que las nuevas circunstancias del país requerían, la importancia de la «lista», de la composición nominal del Gabinete, porque no dudábamos que en ella buscaría inmediatamente, la opinión pública, el testimonio del cambio, de la renovadora apertura, vinculada popularmente, con razones suficientes, a personalidades de indudable relieve político.

La remodelación del Gobierno ha sido sustancial. Tan sólo dos ministros permanecen al frente de sus respectivas carteras, y un tercero continúa, pero cambiando de cometido. El denominador común de los nombres del nuevo Gabinete parece ser, en líneas generales —en especial en la incorporación de los hombres nuevos—, el de un espíritu reformista. Con ellos, obviamente, el país se dirige hacia ese cambio sin rupturas que, mayoritariamente, se desea y se necesita.

A L sesgo de algunos nombres, el recuerdo a Adenauer y a De Gasperi, artífices, en momentos infinitamente más dramáticos que los nuestros, de nuevas estructuras políticas para sus respectivos países, se hace patente. Hay un ambiente, una atmósfera, de conceptos similares a los que movieron a los dos grandes políticos citados, en el origen ideológico de esos nombres. Por otra parte, están representadas algunas de las tendencias más interesantes en orden a esa evolución, preconizada y ya a punto de formularse prácticamente. El nuevo vicepresidente y ministro de la Gobernación, el señor Fraga Iribarne, tuvo, en una reciente intervención, la oportunidad de expresar una fórmula que hizo fortuna justamente. Decía, con una simple alusión matemática reiterativa, que eran necesarias dos semanas para formar Gobierno, dos meses para formular el programa del mismo y dos años para realizarlo. Con ello, y máxime teniendo en cuenta sus atribuciones en el Gobierno, no cabe especular con aceleraciones incompatibles con una razonable prudencia. Ni en dilaciones inconvenientes.

Porque otra de las características relevantes de la «lista» ministerial señala la nueva definición, más precisa y ajustada que en el pasado, del papel y competencias de las vicepresidencias. La de Defensa, de nuevo cuño, se explica por sí sola. La del señor Fraga es «para el interior», con todas las connotaciones que esto lleva, y que van desde el orden público a la cristalización de una probable ley electoral. La del señor Villar Mir es «para asuntos económicos», y con ella, y con la desaparición, como cartera, de Planificación, se formula una «nueva frontera», máxime si tenemos en cuenta las tensiones que, en el pasado inmediato se produjeron por cuestiones de competencia. El papel coordinador de los vicepresidentes, entre los Ministerios militares, entre los

que pudiéramos denominar políticos, en sentido estricto, y entre los englobados en el apartado de la Economía, resulta también evidente.

LA imperiosa necesidad de «vender la nueva imagen de España», la representada por el Rey Don Juan Carlos, imponía un replanteamiento de nuestras relaciones públicas internacionales. La incorporación de los señores Areilza y Garrigues es signo claro del convencimiento de esa exigencia del tiempo nuevo y del deseo de cumplimentarla brillantemente. Las relaciones con Estados Unidos, con Europa toda, con el Vaticano, pueden y deben experimentar una evidente mejora, aprovechando las actuales bases de planteamiento de las mismas.

Cuando, recientemente, nos referíamos al avizorado cambio ministerial, subrayábamos que la figura de don Carlos Arias, el político que lanzó, en cuanto le fue posible, la apertura que significó el programa del «12 de febrero», no sería figura incompatible con la apertura política que ya se vislumbra en este diciembre de 1975. Don Carlos Arias ha respondido cumplidamente a las esperanzas en él depositadas. Y la mejor prueba de que ha servido, con diligencia y precisión, a la confianza del Rey, está reflejada en la aglutinación de hombres, con talante y posibilidades de apertura y de reforma, que hoy forman su cuarto Gabinete, el primer Gobierno de Su Majestad.

Pero sería injusto, y ajeno al espíritu de estas líneas, olvidar a los que han desempeñado hasta el momento las carteras hoy renovadas. Suyas han sido las horas más difíciles vividas hasta el momento por ningún Gobierno en los últimos quinquenios. Y su honestidad, su entrega, su entereza, y en algunos casos su brillantez, están fuera de dudas. La tarea que les fue encomendada al servicio de España ha concluido. Y con ellos, mayoritariamente, debe ir, más que el elogio, el respeto, la consideración, el agradecimiento.

QUEDAN, indiscutiblemente, en el aire que rodea al nuevo Gobierno, muchas interrogantes. Las que van de la precisión del futuro de las asociaciones —en definitiva, de la articulación de la participación política del pueblo español—, a la formulación de unas normas que faciliten, y no coarten, la elección de los cargos representativos. Sin olvidar los problemas candentes que afectan a nuestro presente, desde la economía al orden público, pasando por la Universidad.

Pero domina la esperanza. Limitada por la responsabilidad de los que acceden y la de los que aguardan de ellos nuevos planteamientos a muy distintos niveles, y por ello más sustanciada y firme.